

mi-consciencia. Tocó a Naren (1). Y sobrevino, de nuevo, el torbellino del espíritu. A los ojos de Naren, instantáneamente cambió todo. Veía, estupefacto, que nada existía sino Dios. Volvió en sí; y todo lo que veía, tocaba, comía, era Dios... Se detenía al actuar, absorto por la vida universal. Sus parientes se inquietaban y le juzgaban enfermo. Tal estado persistió algunos días, y luego se disipó. Pero el recuerdo persistió en Naren, como un anticipo del estado advaitico, y no volvió a permitirse negarlo.

Más tarde pasó por tempestades místicas, y repetía como un loco: «Çiva,

Çiva!...» Ramakrishna le miraba, con piadosa inteligencia:

—«Sí... eso me ha durado doce años...»

Pero su naturaleza leonina, que pasaba, a grandes saltos, de la ironía negatriz a la iluminación, no hubiera jamás sufrido ni aceptado una transformación durable si el choque no le hubiera venido del interior sino del exterior. El rudo látigo de la desgracia le arrancó de pronto de su confortable duda, de su intelectualismo de lujo en que se complacía, y le lanzó de lleno en el problema trágico del mal y de la existencia.

Romain Rolland

Tradujo Rafael Cardona.

(Concluirá en la entrega próxima).

Persiflage

Cambiemos la máscara

— Colaboración directa —

Para el Licenciado don Teodoro Picado, que dejó la práctica de la abogacía por la de la enseñanza; actual director del Instituto de Alajuela; con preces a los dioses para que le conserven intacto su continente de hombre libre.

Hoy tuve que ir a San José. Mejor no digo nada de lo a que fui. Qué rebajado, qué humillado me sentí en cierto despacho a que tuve que ir, donde el hombre de cultura, el hombre de escuela, el maestro en suma, no es más que un empleadillo público a quien los insulsos empleadillos de veras, recogedores de la baba de los empleadillos superiores, porque allí son empleadillos todos, tratan con desprecio y condescendencia cuando no con desprecio y altanería. ¡Ojalá nunca tenga que pisar otra vez esas oficinas! Para saber hasta donde puede llegar un ser humano cuando coge por el camino de la repugnancia, no hay más que colocarlo en cualquier puesto en el que con razón o sin ella se sienta con autoridad sobre gente necesitada.

Creo que escribo con brillantez más que común, y lo digo porque estas mis eutrapelias que a nadie se le ha ocurrido atribuírmelas, se las atribuyen, en cambio, a los más cultos ingenios nacionales y hasta a cierto extranjero distinguido de nombradía continental, como juzgándolas demasiado buenas para ser divagaciones de un simple maestro de mi Escuela. Así es de baja la opinión que se tiene del profesorado en Costa Rica. Si en vez de escribir con mi pizca de sal propia, un poco amarga, y aprovechando los libros que he leído, y abriéndome el corazón, hubiese rebuznado y vuelto a rebuznar, entonces no se dudaría de mi auténtica calidad herediana. Estoy satisfecho con mi triunfo, pero no soy tan mezquino como para dejar que me envanezca. Al contrario,

me han entristecido los elogios que oí de mi seudónimo.

He pensado, pero es cosa de imposible realización, que así como he resultado escritor brillante con sólo armarme de un escudo que me oculta y defiende, podría tal vez resultar también brillante, ameno, bien informado y sugestivo al hablar, en la cátedra o en la tribuna, si pudiera ponerme máscara como hacían los actores trágicos de Atenas y como aún hacen los de Japón y China, o colocarme detrás de un biombo, como los que aspiran a premios en los certámenes de ejecución de música. ¡Ponerme máscara para poder así quitarme la que me han puesto; esconderme de los ojos de todos para así ser capaz de desnudarme!

¿Entendéis lo que quiero decir? Quiero decir, que del maestro, en Costa Rica, se tiene formada una idea arbitraria tan fuerte, con fuerza ejercida de mil sutiles modos morales, sociales y económicos, coercivos todos, que ella acaba por imprimir sus rasgos en el individuo aboliéndole su personalidad propia.

Había, en un cuento de Chsterton, un hombre que hacía unas admirables máscaras; y no sólo las hacía sino que las ponía a sus clientes con tanta habilidad, que era punto menos que imposible adivinar que no eran el rostro natural. Y aconteció una vez que un sujeto malo ardió en deseo de una niña muy linda y muy virtuosa. El sujeto malo era tan malo que la maldad, no cabiéndole en sus adentros, le brotaba por todos los poros y lo hacía horrible de feo. De manera que, cuando acosó a la doncella deseada, ella se asustó y le hizo mil cruces. ¡Tres veces feliz ella, que no era ni calumniada, ni pobre, ni maestrilla de escuela! Podía defenderse; podía y pudo rechazar al mal encarado pretendiente. Hombre a quien jamás le faltaban recursos—malo, de veras malo,—acudió el desairado al hacedor

de máscaras, y cuando salió del gabinete del brujo, Rafael lo hubiera tomado para modelo de arcángel, o Leonardo para el de San Juan apóstol.

Bondó la casa de la niña infeliz y la vio suspirar de solo verle. Quiso el perverso hacer una mueca lúbrica, sonreír una sonrisa obscena, pero la máscara se lo impidió y la cara que puso fue de angelical encanto. La niña le arrojó, desde su alto balcón, el lirio que tenía en las manos, y sólo porque su madre la llamaba, o porque su ángel custodio la haló adentro, se retiró de vista del galán.

El enmascarado, contentísimo, se dirigió a su club y fue a sentarse en su mesa acostumbrada; nadie lo conoció, nadie quiso jugar con él, se le pidió cortesmente que se retirara porque los grandes jugadores habían llegado; y alegre más bien que enojado retiróse guardando su secreto.

El cuento es largo; os lo haré corto. Lo que fuera lujuria se convirtió en amor, en amor casto y más fuerte que la muerte. El enmascarado se casó. Pero para casarse tuvo que confesarse primero, y cuando se confesó, el cura que era buen católico a quien las brujerías no espantaban, en vez de anatematizarlo, le dijo con la mayor naturalidad:—Hijo, estoy seguro de que hiciste lo que convenía para ganar el corazón de niña tan preciosa. Una sola cosa te falta para que sea tuya por los siglos de los siglos. ¿Qué, padre? Quitarte la máscara.

Aquí no recuerdo cómo iba el cuento. Tal vez me salté al leerlo, uno o dos párrafos; ardía en curiosidad de ver si se la quitaba o no. ¡Se la quitó!

Se la quitó, y, ¡oh milagro! su cara propia había cambiado. La máscara había perdido con el tiempo y el uso y el jabón y el sol la frescura del color; su rostro propio, en cambio, estaba fresco más que flor recién abierta. Y cuando iban al altar ella y él los concurrentes, se quedaron extasiados de contemplar la belleza angelical de él y de ella.

A los maestros nos ocurre lo mismo en Costa Rica, pero al contrario. ¡Qué máscara de pedantería, de infelicidad, de solemne babiecada la que nos han puesto! Es la máscara para ir a San José al despacho de que antes hablé, la máscara para pedir audiencia, la máscara para recibir los desprecios de los empleadillos detestables, la máscara para hablarle al director y explicarle por qué llegamos tarde o por qué andamos retrasados en el cumplimiento del programa, la máscara para saludar al secretario de la Escuela, para conversar con los otros maestros, para presentarnos en público, para dar clase, para vernos a nosotros mismos y comiserarnos de nuestra suerte. Y todos llevamos la misma máscara. Se nos puede conocer, se nos conoce, a la legua, por el modo de pararnos, con los pies paralelos, inhumanamente paralelos, en vez de en ángulo; por el modo, como de borregos, de menear la cabeza; por la sonrisa, la sonrisilla, servil, tímida, una sonrisa que si fuera animal sería conejo, sería ratón, sería cucaracha de largas antenas miedosas; por el deje llo-

(1) Para los hombres de ciencia, que escrutan estos problemas psico-fisiológicos, es importante anotar que esos «toques» que provocan en los individuos experiencias de inmediatos cambios de estado, son casi siempre (si no siempre), producidos en un estado de semi-consciencia o de hipnosis completa de Ramakrishna. Nada de análogo a la acción calculada de una voluntad, independiente de las energías que ella maneja. Se diría que él se entrega el primero y que luego arrastra a los demás hacia su propio abismo.